

## X

## Río-Hacha

Pocos días después de mi llegada, daba las gracias por su hospitalidad al ingeniero Rameau, y alquilaba al otro extremo de la ciudad una casita agradable, sombreada por un grupo de palmeras. Al principio tuve alguna dificultad que estaba lejos de prever: mi casero, el señor Morales, no quería ni siquiera oír hablar de alquiler, y tuve que insistir largo tiempo para conseguir que aceptase la insignificante cantidad que estaba convenida. A este casero modelo debo infinidad de informes sobre la sociedad de Río-Hacha, el mecanismo de la administración local, la geografía de los alrededores y las costumbres de los indios guajiros y los de la montaña.

La ciudad de Río Hacha, menos simétricamente construida que Santa Marta, tiene la inmensa ventaja de no estar en ruinas; sus calles, aunque llenas de polvo, tienen aceras de ladrillo, y se prolongan cada año más hacia el monte; el número de sus habitantes pasa ya de cinco mil, población considerable para una ciudad insalubre de la costa. Casi todas las casas, cubiertas con hojas de palmera, se componen de pies verticales entretejidos

con cañas salvajes ó bambús; las paredes forman así especies de cañizos cuyos intervalos están tapados con un barro rojo endurecido por el sol; las fachadas, expuestas á los vientos alisios, se agujerean completamente en el espacio de una ó dos temporadas. Los únicos edificios de mampostería son la Aduana y la casucha que sirve de palacio al cuerpo legislativo de la provincia, dos o tres casas particulares y la iglesia, monumento bastante grande en cuya construcción se han invertido cuarenta años. En 1856 se construyó un faro, el primero construído en las poblaciones neogranadinas. El día que este faro brilló por vez primera, fué una fiesta nacional; todas las gentes de Río Hacha, hombres, mujeres y niños, se trasladaron al muelle para ver brillar mejor su luz; les parecía no tener nada que envidiar á las más grandes ciudades comerciales del mundo. Desgraciadamente, después de ese día de triunfo, el guardián del faro ha olvidado frecuentemente su misión, y la estrella de fuego sólo brilla de tiempo en tiempo.

De los tres fuertes que defendían á Río-Hacha en tiempo de los españoles, uno sólo queda en pie; las olas han destruído, desde hace mucho tiempo, los otros dos; sus cimientos se han convertido en pequeños arrecifes donde crecen los pólipos. Los temblores de tierra tan frecuentes, y sobre todo tan terribles en otras partes de Colombia, parece que no han contribuído nada en esta obra de destrucción. En cambio, una lenta depresión del suelo, ha tenido lugar probablemente, porque en varios sitios se notan invasiones graduales del mar, y la calle de la Marina, en otro tiempo la más importante de Río-Hacha, ya no existe; ha sido arrasada por las olas. No ha muchos siglos, un movimiento contrario debió producirse con gran intensidad:

el llano entero, compuesto de aluvión marino y calcáreas conchas, presenta el aspecto de una bahía recientemente emergida; los arrecifes perdidos tierras adentro, presentan contornos tan limpios como en la época en que las anfractuosidades no tenían las concavidades hechas por las rompientes; las arenas parecen haber sido arrastradas la víspera, y las lagunas que han quedado en las depresiones de la tierra, son todavía saladas, como el día que sólo las separaba del mar una pequeña línea de guijarros.

El llano de Río Hacha puede tener una superficie de seis mil cuatrocientos kilómetros cuadrados, limitado al Oeste por Sierra Nevada, al Sur por unos montes de pórfido llamados Sierra de Treinta ó de San Pablo, al Este por el río que da su nombre á la ciudad y que le separa de los desiertos y prados cenagosos de la península guajira. Al pie de las alturas y por las inmediaciones de los ríos, este llano es muy fértil; pero en la zona más próxima á Río-Hacha, la falta de agua y naturaleza arenosa del suelo, hacen toda tentativa agrícola infructuosa en extremo, sino es en las inmediaciones del río, donde no es posible establecerse á causa de la proximidad de los indios. El monte no es más que una espesura de árboles espinosos y de brozas que crecen en las dunas, en toda la extensión de las antiguas playas, y alrededor de las lagunas infectas.

Dado el estado actual de la agricultura granadina, sería absurda cualquier tentativa seria de colonización en las inmediaciones de Río Hacha; pues sobre todo, alejándose ocho ó diez leguas al Sur ó al Oeste, pueden hallarse admirables terrenos aun inocuados, ofreciendo ventajas especiales para su cultivo; los pocos jardines que rodean á la

ciudad no han sido cultivados por los ricos propietarios más que para servirles de recreo.

Profundos y tortuosos barrancos, producidos por el arrastre de las aguas de lluvia, surcan el suelo arcilloso y se ensanchan desmesuradamente á medida que se aproximan al mar, ocupan el llano en todos los sentidos y hacen la marcha muy penosa hasta para el cazador más obstinado. A pesar de que el gobierno vota cada año subsidios para mejorar los caminos arenosos que se dirigen al interior, es imposible transitarlos á pie ni á caballo. En treinta leguas á la redonda no se encontraría un carro ni otro vehículo análogo. El vicecónsul inglés, *primer caballero de la ciudad*, posee un coche, que es, por decirlo así, el símbolo de su poderío. Otro caballero, el señor Atensio, se ha hecho construir una góndola dorada, que no la emplea jamás, pero que goza enseñándola á sus visitantes, expuesta en el patio de su casa.

No pudiendo penetrar en la espesura, ni transitar por los caminos en donde se hunden hasta las rodillas, los habitantes de Río-Hacha se ven obligados á pasearse por la orilla del mar, en la que cada ola deja millares de conchas de variadísimos colores, ó bien á recorrer los muelles de una á otra parte.

La rada de Río-Hacha es muy rica en vida animal. El mar está, á veces, amarillo de medusas y, vastas extensiones de plantas marinas, cambian la superficie del mar en un inmenso prado flotante, por donde numerosas tortugas navegan formando grupos; los cuervos marinos, llamados en el país *busos*, se sumergen torpemente, mientras que bandadas de *tangalangas*, vuelan alrededor de los pesados pájaros, ó bien se posan sobre sus *lomos*, esperando pacientemente que cojan una presa para

apoderarse de ella. Por las tardes, bandadas enormes de pájaros pescadores, agrupados en forma triangular, se dirigen hacia las lagunas al pie de Sierra Nevada, y vuelven por las mañanas en el mismo orden, sin cambiar nunca nada en la regularidad de sus viajes diurnos.

Con frecuencia se ve aparecer en el agua algún tiburón persiguiendo á los dorados ú otros peces; llama la atención de los desconocedores de las cosas de este país, ver á los nadadores que no huyen de tan voraz animal. «Deme dos reales y voy á saludar al tiburón», dicen los muchachos á los espectadores parados en las orillas de la playa; después nadan hasta cerca del animal, se dejan caer sobre el vientre y le pegan con el pie: el monstruo huye con toda la rapidez que le es proverbial.

Los tiburones de estas playas deben, sin duda, la placidez de su carácter, á la abundancia de comida que hallan en toda la extensión de las costas. Yo no oí hablar más que de un solo accidente: un tiburón que nadaba por las orillas de la playa, cogió un día la pierna, tal vez por equivocación, á un niño que dormía cerca del agua, que le cubría los piernas cada vez que la ola subía. En cuanto á las terribles *tintorerías*, no se las ve jamás en la rada de Río Hacha, cuya profundidad no es suficiente, quizás, para que puedan nadar libremente.

Cada extremo de la ciudad está guardado por un lugar de horror y de sangre; al Oeste el matadero público; al Este los cobertizos de tortugas. El matadero se compone simplemente de perchas clavadas en la arena de la playa; á pesar de haber tenido la precaución de establecerlo en pleno aire, un olor pestilente hace inhabitables sus alrededores. Pielés, pedazos de carne y huesos, se ven esparcidos por todas partes; la espuma del mar se

enrojece al mojar las arenas del matadero. Los buitres *gallinazos*, con su largo cuello sin plumas, rodeado sólo de un collar encarnado, las águilas *caricaris* devorando ávidamente las carnes corrompidas, y multitud de perros, dando ahullidos, rodean el matadero, en el que algunos toros comprados á los indios y guajiros y en lastimoso estado de flaqueza, perciben el olor de la sangre y prorrumpen en sordos mugidos. Con frecuencia, los matarifes cortan de un machetazo las corvas de estas pobres bestias para impedir que rompan la cuerda y las abandonan toda la noche bañadas en sangre; al día siguiente las matan, las cortan en trozos y venden la carne todavía caliente.

Los cobertizos de tortugas no son menos horribles; á veces se cuentan bajo esas cubiertas de palos y hojas más de cien tortugas, pesando cada una varios quintales; con la cabeza baja, el cuello desmesuradamente hinchado y con los ojos inyectados en sangre, esperan estos pobres animales, con frecuencia semanas enteras, el hachazo que ha de poner fin á sus sufrimientos. Cuando se pasa cerca de esas tortugas cautivas, agitan convulsivamente sus patas é intentan inútilmente levantar la cabeza como si esperaran ser socorridas.

Durante los siglos XVII y XVIII, Río Hacha, que entonces se llamaba Ciudad de la Hacha, era célebre por su opulencia: joyeros, montadores de perlas y cambiadores, establecidos en ambos lados de la calle de la Marina, poseían inmensas riquezas ganadas con la venta de perlas que los indios pescaban á tres leguas al Noroeste de la ciudad, cerca de cabo Vela. Por eso la Ciudad de la Hacha era el punto codiciado por los piratas del mar de las Antillas, y, según cuenta la tradición, durante dos siglos fué once veces saqueada é incendiada;

pero, eran tan poderosos los elementos de prosperidad, que las once veces se levantó sobre sus ruinas. Por fin, cuando la expedición del almirante Vernon contra Cartagena, éste, según cuenta también la tradición, queriendo destruir para siempre el comercio de Río Hacha, mandó, hacia el cabo Vela varios navíos de guerra que destruyeron todos los bancos de perlas de aquellos parajes, dragándolos luego durante meses enteros. Desde entonces, la costa se ha poblado lentamente de ostras y perlas, pero como la escasez de estas ha venido á coincidir con la baja de sus precios, la importancia de Río Hacha ha disminuido considerablemente. En la actualidad, unos quince indios se ocupan en la pesca de perlas; un solo joyero viejo, que asegura que todo va mal en el peor de los mundos posibles, hace vibrar la cuerda del instrumento que le sirve para montar las perlas, y vende muy bonitas joyas por sólo algunas pesetas.

El comercio de la ciudad consiste, sobre todo, en maderas del Brasil, de Nicaragua y las Indias, granos *dividivi* (*Culleria tintoria*), que traen los campesinos del interior y se expiden á Inglaterra para las tenerías; pieles, cafés y tabaco. Los principales artículos de importación son los alimenticios. Los barcos de New York importan harinas y maíz; los pueblos de Sierra Negra expiden café y frutos; Dibulla, pequeño puerto situado á quince leguas al Oeste, suministra bananas y cacao; los indios y guajiros traen toros; los pescadores de la misma clase, llenan la ciudad de innumerables pescados y tortugas. Así, pues, los habitantes de Río Hacha dependen completamente de fuera, en lo que se refiere al alimento cotidiano. Si las tempestades en el mar y las lluvias en la tierra coinciden para impedir toda importación, el hambre

reina inmediatamente; algunas veces, y éstas se repiten, han carecido de pan durante una semana.

A pesar de estas desventajas, creemos que Río Hacha tiene un espléndido porvenir, porque esta ciudad, una de las más sanas de Costa Firme, es la salida natural de una vasta región que se puebla rápidamente. Todos los productos de Sierra Nevada y Sierra Negra, de la fértil cuenca del Valle Dupart y de la península guajira, no pueden exportarse más que por Río Hacha; tarde ó temprano, cuando los caminos estén abiertos á través de las sabanas y bosques, los productos del alto Magdalena y de la laguna de Maracaibo, utilizarán, necesariamente, la misma vía.

Varios capitalistas judíos de la isla holandesa de Curaçao han visto ya la importancia futura de Río Hacha y han establecido sucursales; la mayor parte del comercio de la provincia está ya entre sus manos. El total de los cambios ha aumentado de año en año y el movimiento actual de la navegación se eleva á más de treinta mil toneladas anuales. Los armadores rio hacheros poseen ellos solos unos veinte bricks y goletas que representan, próximamente, las dos terceras partes de toda la marina mercante de Nueva Granada. Debido á la poca profundidad de la rada, y á la escasa importancia de las mareas, que apenas si se elevan á cincuenta centímetros, los vapores visitan rara vez Río Hacha y los bergantines de mucho porte, tienen que fondear á dos millas de la costa.

Excepto en estos últimos tiempos, en que las rivalidades entre Santa Marta y Río Hacha han producido algún desorden lamentable, la administración de esta última ciudad se verifica siempre en paz. Como en todas las poblaciones granadinas, se goza en esta de tal libertad, que el extranjero pa-

cífico puede pasar años y más años sin apercibirse de que la autoridad existe: no se ven soldados, ni agentes de policía, ni aduaneros con uniforme, ni cobradores de impuestos, ni empleados de ninguna clase, que se distingan del resto de los ciudadanos por algún signo exterior. Los gastos de la ciudad, que son insignificantes, se cubren con desahogo, con sólo los derechos de tonelaje y fardo que pagan los buques mercantes. Todos los habitantes de la ciudad tienen de hecho la investidura de magistrado y hacen, como tales, ejecutar las leyes; á su honor se confía la seguridad y el orden público. Resulta de aquí, que la administración local no puede disponer de fuerza real sin el concurso de los ciudadanos, y, si el municipio no entrara á veces en lucha con los gobiernos de Santa Marta y Bogotá, y las decisiones del Poder federal, tomadas á grandes distancias y sin conocimiento de causa, no lesionaran frecuentemente los intereses locales, toda revolución, todo tumulto político sería imposible.

Río Hacha, al ejemplo de las otras ciudades de Colombia, ha modelado su constitución sobre los principios republicanos. El gobernador ó presidente, que durante mi estancia en Río Hacha era un quincallero y comerciante en conchas de tortuga, está encargado de velar por la ejecución de las leyes, de expedir relaciones al gobierno central, de conservar los archivos de la ciudad y de hacer públicos los actos oficiales; lo mismo que los jueces y demás funcionarios, es nombrado por mayoría de votos. La Cámara de representantes, compuesta de mandatarios de los pueblos y aldeas de la provincia, se reúne en una antigua iglesia medio arruinada, llamada pomposamente *Palacio de la Libertad*.

Como todas las asambleas deliberantes del mundo entero, ésta, que sólo se compone de veinticu-

tro miembros, está dividida en izquierda, centro y derecha. Esta última fracción, formada sobre todo de ricos propietarios, está generalmente satisfecha de la marcha de las cosas, y procura evitar toda discusión que esté fuera de la orden del día; tiene mayoría de votos. La izquierda, menos numerosa y peor disciplinada, consigue, no obstante, hacer votar todos los proyectos de interés público, gracias al apoyo que le presta la juventud y el periódico *intermitente* publicado por los liberales. He dicho intermitente y lo es en efecto. Durante mi residencia en Río Hacha, este periódico, como todas las publicaciones de la república, llamadas diarios, aparecían de tiempo en tiempo, y sólo tienen existencia real en época de elecciones ó de grandes agitaciones políticas. Es difícil formarse una idea de las dificultades que encuentra un redactor de periódico en Nueva Granada. Especie de Proteo, se ha de componer, imprimir y distribuir el periódico, y cuando no hay ningún interés patriótico urgente, se imponen ellos mismos el descanso, lo mismo que se erigen en comité de censura desde su publicación, cuando algún acontecimiento extraordinario lo exige. Tanto parece que temen al trabajo, cuando cuestiones graves no preocupan el espíritu público, como ardor y entusiasmo emplean al servicio de una causa en las grandes ocasiones; entonces, pasan el día y la noche en la imprenta, componen precipitadamente el periódico, dirigiendo llamamientos al pueblo; luego, fijan ellos los pasquines y corren por la ciudad distribuyendo y anunciando las noticias, como vendedores públicos. Detrás de ellos se agrupan los jóvenes entusiastas y con el periódico y el pasquin en la mano penetran en la Cámara ostentando el papel, como protesta contra toda decisión poco liberal.

Los negros del interior del Africa sienten una especie de horror misterioso á la vista de un *papel hablado*; pues los legisladores de Río-Hacha, leyendo anticipadamente en la hoja acusadora sus condenaciones, ceden sobre la cuestión en litigio casi con el mismo terror de los africanos: la palabra impresa prevalece. En los países con «*educación política*», la prensa no tiene ninguna importancia, ó si la tiene, es insignificante en muchos casos: en Río-Hacha el periódico es un tercer poder.

La administración, puramente municipal, se compone de un *jefe político* (alcalde) y de un Consejo, convocado raramente. El alcalde que yo he conocido, era un joven que ejercía, según las circunstancias, el oficio de platero y carpintero; muy sencillo y amable, estaba bien con todo el mundo sin que su dignidad se rebajara en lo más mínimo. Le habían elegido para reemplazar á un loco, según decían, que, lleno de arrogancia y sin consultar á nadie, ejercitaba las grandes extravagancias. Un día abrió la cárcel donde estaban encerrados varios ladrones y un asesino, y les dijo con tranquilo acento:—«Señores, tómense ustedes la molestia de salir».

Estos no se lo hicieron repetir dos veces.

La fiesta nacional se celebra ordinariamente con grandes bailes en la plaza pública. El jefe político se pone á disposición del francés Chastaing y, humilde como un cordero, planta palos, clava tablas, coloca banderas, extiende ropas y adorna con guirnaldas los rincones de la plaza. Nada tan positivamente sencillo como esos bailes alumbrados oblicuamente por la discreta luz de la luna: los grupos danzan alrededor de las columnas decoradas de verdura; las mujeres, alegres y vivas como cervatillos, saltan agitando al aire sus cabe-

llos negros adornados con flores; los perfumes enervantes de las mimosas y los lirios de América, se esparcen por el aire, y cuando los músicos cesan en sus acordes, la voz profunda y misteriosa del mar los continúa de un modo más solemne y grandioso.

Pero las fiestas más espléndidas son las celebradas en honor de la *Virgen del Remedio*, que, en opinión de los río-hacheros es más milagrosa que ninguna otra virgen del mundo. En otro tiempo estaba representada en Río-Hacha, por una estatua de plata, adornada con diamantes; pero desde hacía algunos años, esta estatua había sido empeñada por un cura jugador en casa de un judío de Curacao, y probablemente estaba ya transformada en lingote y en monedas de cinco pesetas. La nueva estatua está hecha en madera de guayaco por don Jaime Chastaing, provista de una cabeza de cartón y un hilo de alambre, imagen que no es, durante trescientos sesenta y cuatro días del año, objeto de ninguna veneración; pero el día de su fiesta se cubre repentinamente por veinticuatro horas de un poder milagroso, tan grande como el que gozó en tiempos pasados. Una multitud, compuesta sobre todo de mujeres y niños, invade la iglesia desde la mañana para hacer la *toilette* á la virgen; la cubren con sus mejores ropas y luego se la llevan triunfalmente en procesión. En el cortejo figuran los principales personajes bíblicos; Jesucristo, con barba postiza y pedacitos de hoja de lata en la cabeza; Lázaro, cubierto de una lepra demasiado real; Judas, maniquí vestido casi á la última moda; Simón Cirineo, dejándose caer sobre la cruz, borracho de aguardiente, sin preocuparse de las probabilidades históricas y, luego, ángeles y diablos sin fin, que hacen las delicias del público cometiéndolo toda cla-

se de inocentes diabluras. Por encima de la multitud, se ve á la Virgen que agita los brazos, sus ojos ruedan en las órbitas y mueve violentamente los labios; al llegar á las orillas del mar coge su corona de papel dorado y la arroja á las olas. Inmediatamente los niños, casi desnudos, se arrojan al agua para reconquistar la preciosa corona y la colocan sobre la cabeza de la estatua, que la vuelve á arrojar al mar en medio de los aplausos de la multitud. A esto llaman milagros, y la fiesta carece de esplendor si la imagen no se ha dignado repetir los milagros lo menos cien veces.

Una vez la Virgen en su altar, rodean al maniquí que representa á Judas y le lanzan toda clase de maldiciones, lo llenan de barro y lo maceran á sablazos; después, lo cuelgan de un palo ante la casa de un judío odioso y lo acribillan á tiros hasta que cae hecho pedazos. Por la noche, hay gran reunión en la plaza y se celebran riñas de gallos en las puertas de las tabernas y danzas por las calles.

Este entusiasmo por las procesiones mimicas, que en Río Hacha disminuye mucho, se hacen, con toda la fe de los tiempos pasados en Quito y otras ciudades de Colombia. Los río hacheros se burlan de esta clase de milagros. Pero se repiten todos los años, porque no pueden variar el tradicional programa: la Virgen ha de hacer milagros; la tradición de la ciudad lo exige; por ellos se enlaza el presente con el pasado. Cuentan que en la última expedición que los piratas hicieron á Río Hacha, la gente se presentó horrorizada en la playa, llevando en andas á la Virgen venerada. La imagen arrojó la corona de oro al mar, y las olas, respetuosas, retrocedieron delante del objeto sagrado, sumergiendo las embarcaciones de los piratas en

su precipitada huida: así se pudo salvar la ciudad. Desde entonces, la Virgen no tiene más remedio que repetir la *suerte* y los río-hacheros, como en otro tiempo nuestros ascendientes, asisten á la representación del misterio y se apasionan ante el *prodigio* que ellos mismos hacen.

Las supuestas ceremonias religiosas no tienen aquí ninguna importancia; indican sólo una poesía cursi y un gran amor al ruido y al oropel. En el interior, en la República del Ecuador, sobre todo, la masa del pueblo es supersticiosa y fanática hasta lo indescriptible. Hay provincias donde los sacerdotes ejercen tanta influencia sobre los creyentes, que éstos pagan voluntariamente el diezmo, á pesar de la abolición oficial de tan indigno impuesto.

En los distritos de la costa, la religión ha perdido toda su ascendencia, y en algunas localidades de la provincia de Río-Hacha, las recriminaciones hechas á los abusos de los curas, han llegado á dar por resultado arrasar algunas iglesias. En Camarón, pueblo de más de mil quinientos habitantes, hace más de veinte años que no se ha celebrado una sola función religiosa.

En Río Hacha las cosas no han llegado á este extremo, tal vez por el orgullo de los ciudadanos de poseer una magnífica iglesia; sin embargo, ésta está casi siempre desierta, y sólo la frecuentan algunas mujeres. La mayor parte de los casamientos no son bendecidos por el cura y se celebran sin ninguna formalidad religiosa ó civil. No obstante, ninguna mujer se cree por eso deshonrada ni nadie tiene esa preocupación. La mujer unida libremente, se respeta en todas partes lo mismo que la legítimamente casada; sus hijos gozan de los mismos derechos sociales, y cuando un marido es infiel,

todo el mundo le recrimina y defiende los fueros de la esposa ultrajada; las leyes y las costumbres dan sanción legal á estas uniones. Y, á pesar de la violencia de las pasiones meridionales, esta sociedad, inmoral en apariencia, es mucho más pura que la nuestra. La corrupción elegante é interior que en las sociedades modernas es una gangrenosa plaga, es completamente desconocida en Río-Hacha.

Los indios guajiros

La ciudad de Río-Hacha está á merced de los indios guajiros. Estos podrían fácilmente destruir la; si la respetan, es porque en ellos el interés está por encima del espíritu de venganza. No pueden pasar sin los artículos que el comercio les proporciona y cuya necesidad se han creado ellos mismos; pero si el comercio cesara, por una causa cualquiera, al día siguiente la ciudad sería incendiada. Granadinos y extranjeros serían exterminados por los indomables guajiros.

Para contemplar á estos indios en toda su pintoresca belleza, es preciso asistir por las mañanas á la desembocadura del río Hacha, situado, según la temporada, á cien metros ó á uno ó dos kilómetros al Este de la ciudad. Allí, en la laguna que á cada instante cambia de forma por el choque de las aguas dulces y las del mar, es donde acude una gran parte de la población río hachera diariamente, á hacer sus compras y provisiones; esta aglomeración en la desembocadura misma del río es inevitable, porque un poco más arriba los cocodrilos infestan el río.

Este es perfectamente paralelo con la costa del

todo el mundo le recrimina y defiende los fueros de la esposa ultrajada; las leyes y las costumbres dan sanción legal á estas uniones. Y, á pesar de la violencia de las pasiones meridionales, esta sociedad, inmoral en apariencia, es mucho más pura que la nuestra. La corrupción elegante é interior que en las sociedades modernas es una gangrenosa plaga, es completamente desconocida en Río-Hacha.

## XI

### Los indios guajiros

La ciudad de Río-Hacha está á merced de los indios guajiros. Estos podrían fácilmente destruir la; si la respetan, es porque en ellos el interés está por encima del espíritu de venganza. No pueden pasar sin los artículos que el comercio les proporciona y cuya necesidad se han creado ellos mismos; pero si el comercio cesara, por una causa cualquiera, al día siguiente la ciudad sería incendiada. Granadinos y extranjeros serían exterminados por los indomables guajiros.

Para contemplar á estos indios en toda su pintoresca belleza, es preciso asistir por las mañanas á la desembocadura del río Hacha, situado, según la temporada, á cien metros ó á uno ó dos kilómetros al Este de la ciudad. Allí, en la laguna que á cada instante cambia de forma por el choque de las aguas dulces y las del mar, es donde acude una gran parte de la población río hachera diariamente, á hacer sus compras y provisiones; esta aglomeración en la desembocadura misma del río es inevitable, porque un poco más arriba los cocodrilos infestan el río.

Este es perfectamente paralelo con la costa del